

"Ley de Seguridad" Argentina

130 Niños Asesinados Junto con sus Padres "Montoneros"

- ★ Muchos Eran "Rehenes" de la Policía
- ★ Zona Residencial Destruída a Cañonazos
- ★ Eterno Peregrinar de Madres y Esposas

Por FERNANDO MERAZ
Enviado de EL UNIVERSAL

BUENOS AIRES, 10 de noviembre de 1976. — la Ley de Seguridad del Estado, decretada por la Junta Militar en la Argentina al arrogarse el poder en marzo pasado, abolió todos los fueros y garantías individuales, legitimizó la represión y condenó al país al silencio.

El miedo se respira por todas partes. En la desierta noche de la Avenida Corrientes. En las confiterías y cafés medio llenos de turistas. En los diarios sin noticias. En los noticieros sin informaciones. Parece que aquí no ha pasado nada. Parece que a la Argentina le han sacado el alma.

Desde hace dos años, el asesinato político, el secuestro, el crimen, eran frecuentes en la Argentina de Isabel Perón y José López Rega, pero el 24 de marzo, el golpe militar los hizo institucionales. Todo el mundo sabe que las fuerzas armadas y sus grupos paramilitares, que la Policía Federal y sus grupos parapoliciales, secuestran, atormentan y matan, pero nadie habla de ello.

La guerra de los militares contra el pueblo es sangrienta e impasable. El 6 de septiembre, el capitán Raúl Falt admitió públicamente: "Es una guerra triste, una guerra sucia, aunque para nosotros, las fuerzas armadas, la victoria sea a punta de fusil".

La pena de muerte ha sido restablecida por el ordenamiento fascista impuesto por las fuerzas armadas. Hasta ahora no se ha aplicado "oficialmente". Sin embargo, eso "no es ya necesario", comentó un oficial.

Una interminable serie de historias de crueldad y sadismo aguardan en los tribunales para el que quiera atenderlas. Ninguna —o muy pocas— ha salido al exterior. Todas esperan que un día la justicia, cualquiera, en cualquier época las conozca y las juzgue.

NIÑOS ASESINADOS

La Liga Argentina de los Derechos del Hombre tomó conocimiento de 130 casos de niños, todos hijos de revolucionarios "Montoneros" que aparecieron muertos, en distintos sitios, asesinados éstos en "enfren-

tamientos" con la policía o las fuerzas armadas.

Así, el cuatro de septiembre la policía localizó y sitió una residencia, en el lujoso barrio de San Isidro, en Buenos Aires, en donde se ubicaba un refugio de la organización "Montoneros".

Para tomar el sitio fueron llevados tanques blindados y artillería pesada —según consigna el parte militar entregado a los periódicos— que bombardearon la manzana entera hasta que no quedó vestigio de vida.

En el lugar aparecieron los cadáveres de siete niños, todos menores de diez años de edad. Al principio la policía explicó a los corresponsales de la prensa extranjera que sus padres "al verse perdidos, les habían dado muerte para evitar que cayeran en manos de la policía".

Sin embargo, un informante de la misma policía dijo que los agentes habían usado a los niños como rehenes para exigir el rendimiento de los padres. Lo cierto es que la historia encierra una amarga verdad, y ésta es que los niños fueron asesinados.

CADÁVERES DESFIGURADOS

El 20 de agosto, en un campo raso del poblado de Pilar, cercano al Santuario de la Virgen de Luján, patrona de la Argentina amanecieron los cadáveres de treinta jóvenes, aparentemente de la Juventud Peronista. A todos les faltaban los dedos de las manos. Además, consigna la fe del médico forense: "los cuerpos mostraban señas de una detonación fuerte como si hubieran sido destrozados por una dinamita".

"Todos serán identificados y se les dará cristiana sepultura", dijo el comandante militar que se presentó a recoger los cadáveres, a los vecinos, esa mañana. Hoy aún no han sido proporcionados sus nombres.

Después, en la presa de "Cadiñal", en la provincia de Tucumán, se descubrieron 14 cadáveres en estado de descomposición. Todos tenían los pies dentro de un molde de cemento que los mantenía en el fondo del agua.

El 12 de septiembre, en Puerta Chiquita, a 12 kilómetros de Santiago del Estero, se encontraron tres cuerpos carbonizados y en avanzado estado de descomposición, como si hubiesen permanecido por más de quince días a la intemperie. Los médicos forenses tan sólo pudieron dictaminar que, por los indicios de la dentadura y el aspecto físico de los cuerpos se trataba de jóvenes de 18 a 22 años, de sexo masculino.

CUERPOS DESOLLADOS

El día 21, en Villa Dominico, en los alrededores de Buenos Aires aparecieron 13 cadáveres. "Parecían de gente joven", dijo un gendarme. Ninguno pudo ser identificado debido a que todos habían sido desprovistos de la piel, especialmente el cuero cabelludo y la epidermis de la cara. La policía sólo informó que fueron trasladados a la morgue oficial de la ciudad de La Plata.

"23 días después, en las inmediaciones del poblado Vicente Cázarez, a 70 kilómetros de Buenos Aires, fue encontrado un automóvil incendiado y dentro los cuerpos de tres jóvenes, acribillados y carbonizados. Tampoco fueron identificados".

FUSILAMIENTOS EN EL OBELISCO

"La madrugada del domingo 4 de julio, dos coches se detienen en el cruce de las avenidas Corrientes y Nueve de Julio, en el monumento El Obelisco —en pleno centro de Buenos Aires—, ninguno de los automóviles lleva chapa.

"Bajan a un hombre joven, las manos atadas a la espalda. Lo ponen en pie frente al obelisco y allí mismo lo fusilan con ametralladoras. Allí dejaron el cadáver.

"Cientos de personas que a esas horas entraban o salían de las funciones de medianoche del cine o el teatro, observaron, atónitas e impotentes el bestial crimen".

CADA DÍA, NUEVAS VÍCTIMAS

Día a día, nuevos nombres se a-

gregan a la ya interminable lista de víctimas de la terrible guerra argentina. Agregados que no son de uno, ni dos, ni de tres nombres, sino de docenas enteras de apellidos y nombres de los caídos.

Ocasionalmente en los diarios aparecen escuetos informes de "guerrilleros abatidos por el ejército" o "subversivos eliminados por la policía". Aparentemente todas las víctimas caen en enfrentamientos a tiros en los que en rara ocasión se registran bajas por parte de los grupos oficiales.

TORTURAS A NIÑOS

Una carta dirigida a la Liga de los Derechos del Hombre denuncia el secuestro y el asesinato del niño Floreal Edgardo Avellaneda, de 14 años de edad, y el plagio de su madre Iris de Avellaneda, que es una historia de sevicia y crueldad.

El 15 de abril agentes de la Policía Federal y el ejército, uniformados y agentes vestidos de civil se presentaron en la casa de la familia Avellaneda, en la provincia norte de Buenos Aires. Sin tocar, ametrallaron la puerta. Buscaban a Floreal Avellaneda, inculpa de pertenecer a la izquierda peronista.

"Al no encontrarlo, secuestraron a su mujer y a su hijo.

"La mujer y el niño fueron bárbaramente torturados en la comisaría de Villa Martinelli. La señora Avellaneda apareció luego oficialmente detenida en la cárcel de Olmos. En cuanto al niño, nada se supo de la suerte que había corrido hasta un mes más tarde, cuando el diario "Ultima Hora" informó:

"Según la Prefectura Naval del Uruguay, anoche apareció en la margen uruguaya del río de La Plata el cadáver de una persona joven, de cutis trigueño, cabello castaño oscuro, muy joven, con un tatuaje, en forma de corazón, con las iniciales "F. A.", que correspondían al muchacho.

Los familiares denunciaron el hecho al Juez Penal Número 9 de San Isidro y al juzgado de menores del lugar.

Posteriormente, y en respuesta a un exhorto del juez Garaona, el Ministro de la Defensa informó que la señora de Avellaneda se encuentra detenida a disposición del Poder Ejecutivo Nacional en la Cárcel de Olmos". Pero se negó a informar datos sobre la detención y el organismo que la aprehendió y que es responsable de la muerte del niño Avellaneda, argumentando que "eso es imposible por lo dispuesto por el decreto 2772 y el reglamento militar en cuanto al "secreto militar".

Y nunca más ha vuelto a responder a los requerimientos del abogado.

LAS TORTURAS

El siguiente es el texto de una carta enviada al ex senador Hipólito Solari Trigo por el periodista Dardo Cabo.

"A las 15.30 horas del día último de abril de este año fui detenido por una comisión policial del civil, junto con Juan Carlos Dante Gullo y Emiliano Costa —dirigente nacional de la Juventud Peronista y dirigente regional de la Juventud Trabajadora Peronista, ambos compañeros del Partido Peronista Auténtico—. En una esquina del camino Cintura y Don Bosco en el partido de la Matanza.

"De ese lugar nos llevaron, con varias personas más a la regional de San Justo. Apenas entramos, me tiraron al piso, tapándome la cabeza con mi propio saco, había alguien que caminaba y cada vez que pasaba, me pateaba. Una media hora después me dijeron que me pasarían a las Tres "A". Al mismo tiempo me ponían un paño que me cubría la cabeza, atado con una soga apretada sobre los ojos y nariz. Me sacaban las manos de las esposas que traía y me ponían otras, más ajustadas. Luego viene alguien y verifica que esté bien atado, pero me murmura al oído: "Flaco, primero vas a la parrilla y después te bolelean". Me arranca el reloj de la muñeca y me saca la alianza del dedo y me dice: "esto te va a molestar en la picana"; pregunta: "¿querés que avise a alguien?". Le doy el teléfono de la casa de mi padre y le digo que avise, agrego que en el bolsillo de mi saco hay plata, que se la lleve. Me dice "gracias" y que los que me llevan son de las Tres "A". Me cargan en un auto, sobre el piso y cubierto con una manta. Nadie me habla, sólo una voz que dice, "por aquí", "cuidado", "vamos", etcétera. Andamos durante una media hora, cruzan dos pasos a nivel. Me bajan en un lugar que no conozco. Allí paso la noche. Escucho que los guardias están por la radio atentos al partido "River-Boca". Estoy en una colchoneta, con los ojos aún vendados. Pido agua y me dicen que no. Después, casi al mediodía, aumenta el movimiento. Me hacen parar. Me toman las impresiones digitales. Luego me hacen acostar en el piso de una especie de furgón. Noto a alguien a mi lado, también tirado.

Nos hablamos y es Emiliano Costa. Le digo en voz baja lo que me han dicho de la Parrilla y las Tres "A". Emiliano y yo estamos seguros que nos van a matar. Nos despedimos: "Chau hermano, viva la patria". El camión se detiene en un lugar que parece abierto, en el campo. Se escuchan perros, pájaros. Me bajan, me ponen contra una columna y luego, de un empujón, me arrojan en algún lugar cerrado. Me tiran sobre una cama y me desnudan. Se trata de un elástico con respaldo de metal. Los flejes han sido reemplazados por gomas; me atan los brazos rodeados hacia atrás sobre el respaldo, y los tobillos a los extremos. Gritan desordenadamente. Son, o quieren dar imagen de brutales. Me mojan todo el cuerpo y me cubren con una toalla también mojada. Escucho que comienza a funcionar algo así como un estabilizador de corriente o un motorcito. Comienzan las aplicaciones de electricidad. Me tocan los genitales, siento un impulso, algo como una "patada", pero sostenido por varios segundos. Luego me recorren el cuerpo. Siento que el dolor me retuerce los músculos. Los brazos se me hacen masa amarrados a la cama. No me preguntan nada. Grito mucho. Alguien me tapa la boca con una almohada. Tengo dificultades para respirar. Luego me empiezan a hacer preguntas, combinadas con el aparato. Las preguntas giran en torno al partido auténtico, sus contactos, sus intenciones, su actividad actual, etcétera. Estoy muy cansado, siento que paran el motorcito y se van. Lejos oigo gritar a alguien, creo que es Emiliano. Después, regresan. Vuelven a preguntarme, esta vez en forma vertiginosa, sin dejarme responder, mientras la picana me recorre el cuerpo. Los brazos me duelen mucho. Por primera vez me aplican la picana en la boca y en la frente. Aquí, además del dolor siento que la cabeza me gira sin control y "veo" imágenes, gente, como si la vista traspasara la venda. Vuelven a dejarme. Me siento peor. Un tipo que se ha quedado a mi lado me aconseja que diga lo que sé "porque si no, te vas a hacer matar al bledo. El dolor en los brazos es insoportable, tengo la lengua hinchada. Se repite la sesión. Acaba una hora más tarde. Esta vez, cuando me dejan, me empiezan unas convulsiones que me hacen saltar todo el cuerpo. Así paso la noche entera...".

Los casos podrían repetirse hasta llenar volúmenes infinitos. En las prisiones no se dan informes, en la Policía Federal argentina tampoco. En la Superintendencia de Seguridad Federal, menos aún.

Por eso, el viejo edificio de Esmeralda 77 es el centro de todos los dolores. A veces la casa de la Liga Argentina de los Derechos del Hombre se colma totalmente, y la larga e interminable fila de tragedias se siguen una a la otra en un espectáculo que nadie, o todos, deberían conocer.

Por allí peregrinan las madres llorosas, las esposas dolientes, las hermanas angustiadas, las hijas, las tías, las primas. Todas con el mismo aire de desolación, con la misma tristeza infinita pintándose el rostro.

Para ellas, algo es la vida que resta, el cielo de la esperanza. La búsqueda inagotable, el ir y venir para llevar las cartas de petición, los habeas corpus, las demandas de clemencia, a los sordos oídos militares.